

dad de la escena española para el juego, para la ambigüedad intencionada y aparente. Aquí necesitamos definir nuestras intenciones con una rotundidad que es, en el terreno del arte, una manifestación de pobreza intelectual, por cuanto con ella se cierra ese campo abierto a la complicitad, a la ironía y el juego, tan importantes en el hecho teatral, y, más concretamente, en comedias como ésta de "Drácula". Por las carcajadas de algunos espectadores y el trabajo de algunos actores —en especial, Jaime Blanch y Pedro Sempson—, parecía que muchos tenían prisa en establecer "que la obra no iba en serio", que era "cómica", rompiendo así el encanto de un juego en el que sí participaban, por ejemplo, Narciso Ibáñez Menta y José Luis Pellicena —en Drácula—, absurdos y reales, demoníacos e ingenuos, dignos e inverosímiles, que es lo que, claramente, solicita el espectáculo.

Creo que "Drácula" es en América un espectáculo al que se acude, sobre todo, mucho público infantil. Quizá eso nos explique el espíritu de la comedia. Aunque en la relación con los años veinte —qué alcoba tan increíble la de la protagonista!— aparezcan muchos elementos que son propios de sensibilidades adultas...

En definitiva, un espectáculo menor, entretenido casi siempre, brillante en su parte final, donde unos juegan y otros no, y que tiene absolutamente a su favor el no engañar a nadie. Esta vez no hay consolaciones eróticas, políticas o de cualquier tipo a cambio de unas mone-

das. Con lo cual no quiero decir, por supuesto, que el gran teatro no deba ser un indagador de conflictos, sino que esta indagación es tantas veces puro oportunismo que uno acepta sin la menor contrariedad la propuesta del divertido y melancólico reencuentro con uno de los grandes mitos literarios de hace medio siglo, último cuadro —en la misma cripta funeraria del vampiro, con los personajes dando gracias a Dios por el buen final del drama— incluido.

■ J. M.

ARTE

Hacia tiempo que no veía a Menchu. Y eso de encontrarme con los viejos amigos es algo que yo ya empiezo a echar de menos. ¿Será esa necesidad de encontrarme con los amigos un síntoma de mi propia vejez? No sé, pero los antiguos amigos deberíamos encontrarnos con más frecuencia algunas veces. Cuando supe de la exposición de Menchu en la galería Felipe Santullano, de Madrid, fui a ella, lo reconozco, más con la ilusión de ver a Menchu que con la de ver su obra, que esa ya la veía. Y no: pude ver la obra, pero no la vi a ella. Y a pesar de que el paisaje de Menchu está bastante renovado, no pude evitar en contacto con ellos recordar a nuestra pintora, cuando recorríamos con mi mujer y con algún amigo los paisajes que a ella le gustaban. Yo ya la conocía tanto que adivinaba en dónde se iba a parar y no iba a evitar un comentario: "Mira, mira cómo ahora ilumina el sol aquellos rastrojos". ¿Menchu es una paisajista? No: Menchu es una pintora. Lo que pasa es que hace paisaje incluso cuando no lo pinta. Recuerdo aquel magnífico retrato que le pintó a su madre, con su sombrero y con su clima burgués, que en rigor era un paisaje vasco. "Porque yo soy vasca", dice ella orgullosamente aclarando alguna duda. Sonríe, pensando en la aclaración. ¿Sería necesario que nos aclarase eso esa irunesa radical?

Menchu Gal

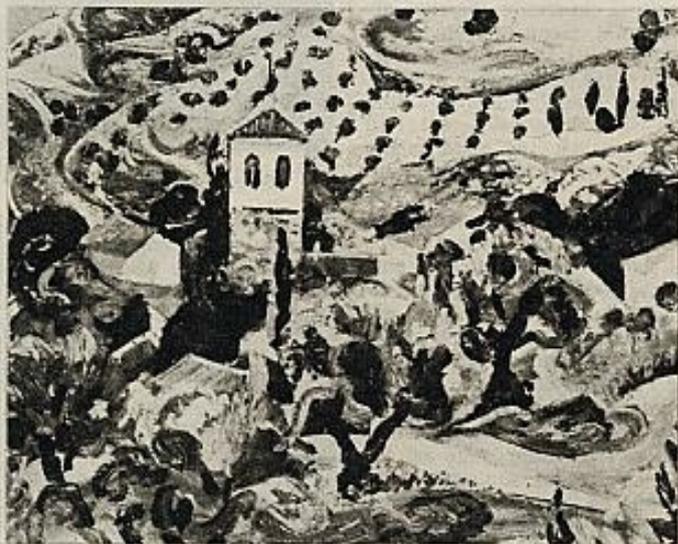
El magisterio pictórico, muchas veces —casi siempre— se alcanza no tanto por descubri-

mientos fortuitos que no están en el horizonte optativo del pintor, sino por la insistencia y la profundización de algo que siempre estuvo latente en su pintura. Era emocionante, en los últimos años de aquel pintor llamado Picasso, verlo volver sobre insinuaciones problemáticas de su juventud y dejarlas resueltas con cincuenta o sesenta años de distancia...

No es eso, no, en el caso de Menchu Gal. Menchu siempre fue una paisajista, incluso cuando no pintaba paisaje. Pero hace años —no pueden ser muchos, claro— su paisajismo estaba más atado. La lección sucesiva de Menchu en estos años

por el aformalismo. No. Ella no pasó de ninguna manera por el aformalismo. Pero el aformalismo, el tiempo histórico del aformalismo, pasó por ella. Y un pintor es un ser histórico que acusa en su mano y en su sensibilidad el aire del tiempo histórico.

Resumiendo: ni Menchu ni ninguno de los pintores paisajistas figurativos de su tiempo se vieron influidos por el aformalismo. Pero las libertades aformales forman parte, evidentemente, de un tiempo histórico y de una sensibilidad histórica que —parece mentira— por muy alejada que estuviere de ellos, era también de ellos. Los que



Paisaje de Menchu Gal.

ha sido la de ir soltándole amarras a las ataduras de su paisaje. La lección de esta exposición es la de la realización de un paisaje en libertad. Parece mentira cómo Menchu insistió en estos últimos años transcurridos de nuestra pintura en continuar siendo eso que para muchos era un minuendo —"escuela de Madrid"—, cómo Menchu insistió en su paisajismo de origen y en su figurativismo de origen, parecerá fuera de lugar hablar de una vinculación menchugaliana a cualquier tipo de nuestro vanguardismo en los últimos años. Y sin embargo...

Y, sin embargo, como Menchu no es tonta, como Menchu no es una carconda de la pintura, como Menchu mantiene los ojos abiertos, ella no ha vivido indiferentemente en estos años vanguardistas. Sería ridículo hablar de una Menchu aformalista. Incluso sería ridículo hablar de una Menchu influida

en aquel tiempo se consideraron enemigos irreconciliables en sus posiciones estéticas, ni eran tan enemigos ni eran tan irreconciliables.

Esa exposición de Menchu, con su dimensión libérrima en ciertas dimensiones del paisaje, me ha servido a mí para descubrir un aspecto del pasado pictórico de nuestra pintura que, estoy seguro, ni ella ni nadie tendría el menor interés en sacar ahora a relucir. Es como uno de esos aspectos del inconsciente que queda ahí enterrado en el mare magnum de todas las cosas visibles, pero que alguien lo extrae sin permiso de quien se somete al análisis. Dios me libre de considerarme un analista del inconsciente pictórico. Pero las cosas están ahí: Menchu Gal es una pintora de nuestro tiempo. Nuestro tiempo es el tiempo aformalista. Y ella no va a ser más papista que el Papa. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

